

Y después de un silencio sobrehumano,
en un gesto de siembra abre la mano...
Junto á una vieja estatua se detiene...

Su voz resuena... Y con callado vuelo
una paloma hasta sus labios viene
para llevarse su palabra al cielo.

Visiones místicas

A Balbino Dávalos

I

—Al verlo de la cruz desenclavado
desangrándose rígido en el suelo,
por el pálido rostro amoratado
extendí la blancura de mi velo.

Y en el lino quedó fija la huella
de su faz lacrimosa y sanguinante.
Cada gota de sangre era una estrella,
cada gota de llanto era un diamante.

Así la Magdalena clamó al cielo,
y una lluvia de lágrimas corría
por la faz de la santa visionaria.

Y con su llanto al fecundar el suelo,
de cada lenta lágrima surgía
el cáliz de una triste pasionaria.

II

Dulcificando el áspero paisaje
como un sueño de paz y de descanso,
refulge la verdura del ramaje
en el fúlgido espejo de un remanso.

Bajo copudos álamos blanquea
la geórgica silueta del molino...
Una rubia gallina cacarea
escarbando la tierra del camino.

A la sombra de fértiles ribazos
lava la molinera, con los brazos
desnudos dentro de la linfa fría.

Y sonriente canta mientras lava,
como cantaba la Virgen María
cuando las ropas de Jesús lavaba.

III

Evocando leyendas del Calvario,
la sangre de la cruz y las espinas,
regresan al alero solitario
para anidar en él, las golondrinas.

Obscurece el verdor de los caminos
el temblor de sus sombras pasajeras,
y esparce la frescura de sus trinos
un olor de recientes primaveras.

Se detienen temblando en los parrales,
trinan y vuelan, y al volar dardean
de oro el azul profundo de los cielos.

Y á través del verdor de los rosales
los niños, fugitivos, manotean
persiguiendo la sombra de sus vuelos.

Visiones románticas

A Jesús Castellanos.

I

Por los muertos canales de mi Vida
con tus ojos enfermos de turquesa,
pasabas en tu góndola florida
como convaleciente Dogaresa.

Blonda de sol tu palidez latina,
con tu mano enjoyada de zafiros
arrancando á la vieja mandolina
músicas vaporosas cual suspiros.

Y á sus compases cuatro negros mudos,
como cuatro románticos dolores,
con sus brazos potentes y desnudos

empujaban la góndola que era
bajo un sudario de fragantes flores
como el sepulcro de la Primavera.

II

Sobre las rosas de tu desconsuelo
corrieron palideces de agonía,
mientras algo en tus ojos y en el cielo
como un vago crepúsculo moría.

Besaba la marmórea escalinata
la onda con un temblor de algo que muere,
y en la tarde fugaz la serenata
era un ronco dolor de miserere.

Desgarrando sus velos de cautivas
á la gótica flor de las ojivas,
se asomaron mis sueños para verte

sobre un florido tálamo dormida,
cruzar como el fantasma de la Muerte
por los muertos canales de mi Vida.

III

Cual rosas de diamantes, en tu caja
sus más puras estrellas clavó el cielo,
y te prestó la noche su mortaja
de obscuro y silencioso terciopelo.

Y con sus dedos finos y sedeños,
cuando pasaste bajo mis balcones,
sobre ti deshojaron mis ensueños
sus más blancas guirnaldas de canciones;

mientras curvados los remeros mudos,
con sus brazos potentes y desnudos
empujaban la góndola de flores

hacia el misterio del canal más alto,
como cuatro románticos dolores
que un nocturno cincel talló en basalto.

IV

¡Oh, juventud perdida, tú eres esa
visión que de la tarde á los fulgores
cruza como una joven Dogaresa
muerta sobre una góndola de flores!

Por los muertos canales de mi invierno
aun te miro pasar y oigo tu canto
como un recuerdo inmemorial y eterno
que se esfuma en las nieblas de mi llanto.

Cuatro negros dolores te acompañan ;
las estrellas románticas se bañan
para verte en las ondas de zafiro,

y el viento de la noche alza una nota
temblorosa y fugaz como un suspiro
al agitar tu mandolina rota.

V

Envío

Para tu vanidad de golondrina
que ama la aristocracia de las gemas,
á compás de mi vieja mandolina
compuse estos románticos poemas.

Para velar á tu pudor rendido
y desnudo al Amor, la frágil pluma
estos velos de ensueños ha tejido
con el vellón más blanco de la espuma.

Como adoras lo inútil y lo leve
de la esperanza y del amor, te envió
estos versos tan frágiles, cual una

guirnalda de amplios cálices de nieve
colmados hasta el borde de rocío
y atados con un rayo de la luna.

El caballo andaluz

A Miguel de Unamuno